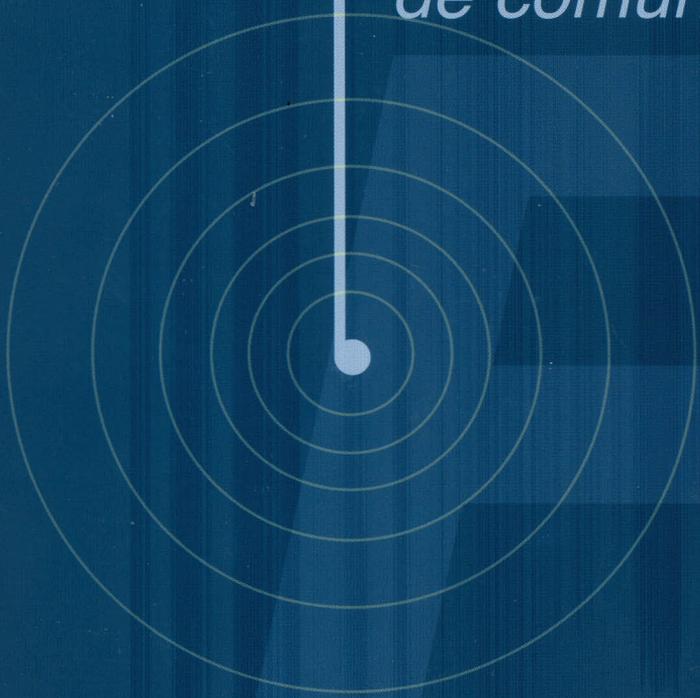


José Luis Da Silva
(coordinador)

ÉTICA

*en los medios
de comunicación*



Cátedra
Ética y
Política

U
C
A
B

DR. CLAUDIO BENTATA

Caracas, 2012

● *José Luis Da Silva*
(COORDINADOR)

ÉTICA en los
MEDIOS de COMUNICACIÓN ●



Universidad Católica Andrés Bello
Cátedra Fundacional de Ética y Política
Dr. Claudio Bentata

Caracas, 2012

BJ725
S42
2012

Seminario de Ética profesional (5:2010: Caracas)
Ética en los medios de Comunicación /José Luis
Da Silva Coordinador. --- Caracas: Universidad Católica
Andrés Bello, Cátedra Fundacional de Ética y Política
Dr. Claudio Bentata, 2012.
153 p.: 22 cm.

ISBN: 978-980-244-707-7
Incluye referencias bibliográficas

1. ETICA PROFESIONAL -VENEZUELA- CONGRESOS
2. MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS - ASPECTOS
MORALES Y ÉTICOS -VENEZUELA -CONGRESOS. I. Da Silva,
José Luis Coordinador. II. TITULO

Ética en los medios de comunicación

José Luis Da Silva
Coordinador

Universidad Católica Andrés Bello
Montalbán. Caracas (1020)
Apartado 20.332

Diseño y producción: PUBLICACIONES UCAB
Diseño de portada: REYNA CONTRERAS
Corrección de pruebas: OMAR OSORIO
Impresión: IMPRESOS MINIPRÉS, C.A.

© Universidad Católica Andrés Bello
Primera edición, 2012
Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-244-707-7
Depósito Legal: 45920123201335
Hecho el Depósito de Ley

Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Índice ●

Presentación	5
Comunicación, responsabilidad y transparencia: nuevos es- cenarios, viejos retos para una ética institucional <i>Isaac Nahón-Serfaty</i>	9
El dilema ético de la persuasión: entre el engaño y el hechizo de la palabra <i>Lorena Rojas Parma</i>	45
La libertad de expresión en la Doctrina de la Iglesia católica <i>Agustín Moreno Molina</i>	57
Cortejando el consenso: Arendt y el poder comunicativo <i>Mario Di Giacomo</i>	69
¿Puede la ética ofrecer alguna recomendación seductora para el quehacer publicitario? <i>José Luis Da Silva</i>	89
Valores en la publicidad. Más allá del consumo y del productor <i>José Francisco Juárez Pérez</i>	107
Una breve reflexión sobre las tecnologías de la comunicación <i>José R. Lezama Q.</i>	119
¿Quién es el enemigo? Ética y persuasión en los men- sajes institucionales de prevención del VIH <i>Arturo Serrano</i>	129
Medios, educación y consumo crítico de la publicidad <i>Eduardo García Peña</i>	135

Epílogo	
<i>José Luis Da Silva</i>	145
Semblanza del abogado Claudio Bentata Saba Z'L'	147
Reseña de los autores	149

El dilema ético de la persuasión: entre el engaño y el hechizo de la palabra ●

Lorena Rojas Parma
lorojas@ucab.edu.ve
CIFH-UCAB

Acostúmbrate a estar bien atento a lo que dice el otro,
y en la medida de lo posible
penetra en el alma del que habla
Meditaciones, Marco Aurelio

a. La palabra terapéutica

La mirada que dirigimos hacia los haceres del mundo antiguo de los griegos, siempre está motivada por nuestros temores, preguntas y angustias. En el encuentro, entonces, nos sorprendemos por la refinación de su espíritu y la grandeza de sus hallazgos. Vamos con ellos al diálogo, a la búsqueda de maneras más profundas y originarias de entender el mundo en que vivimos. Su filosofía y su arte en todas las expresiones aún nos abruman y nos inquietan, al punto de demandarnos el “tiempo propio”¹ de entrega y contemplación que solo las obras maravillosas del espíritu son capaces de exigir. La fortaleza de los aciertos que abrieron la ruta de la filosofía y las artes es, quizá, uno mayor: un régimen político que le dio al ciudadano libertad, ley, palabra y respeto, la democracia. Mileto o Atenas, puertos libres para el comercio de mercancías y también de ideas, además de su grandiosa religiosidad cifrada en poemas y rapsodas, permitieron que la luz especulativa de los griegos se encendiera y produjera, como en el caso de la tragedia en Atenas, obras que nacieron *perfectas*.

Con la democracia de Atenas, vino el drama, los debates públicos,² las instituciones presididas por sus ciudadanos y la necesidad de cultivar el arte de la

1 Gadamer, H.-G.: *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 110.

2 Cfr. Rodríguez Adrados, F.: Rodríguez, F.: *Democracia y literatura en la Atenas Clásica*, Madrid, Alianza, 1995, p. 17. También, Finley, M.: *Vieja y nueva democracia*, Barcelona, Ariel, 1980, p. 49 y ss; Hornblower, S.: “Creación y desarrollo de las instituciones democráticas en la antigua Grecia”, en Dunn, J.: *Democracia, el viaje inacabado (508a.C.-1993)*, Barcelona, Tusquets, 1995, pp. 13-29.

palabra. El ciudadano en asamblea o frente a los tribunales como reo, tenía como único recurso el buen uso del *logos*. El bien hablar sustituía la brutalidad de la imposición, la orden que se cumple so pena de agravios: el ciudadano que buscaba que su propuesta fuese votada en la asamblea, por ejemplo, solo podía *decirla*, mostrarla verbalmente e invitar a sus oyentes a que compartieran su punto de vista. Y si lo hacía mejor, esto es, haciendo un mejor uso de la palabra, muchas más posibilidades tenía que fuese victorioso en su tarea. Persuadir se vuelve el *telos* necesario de toda intervención oral con propósito importante,³ y se erige como la antítesis de imponer: el que impone, lo hace sin detenerse en la voluntad del que debe obedecer; el que persuade, persuade precisamente porque debe tomar en cuenta la opinión del otro y no puede imponer con violencia la suya. En fin, quien persuade debe considerar al otro y a sus ideas, por diferentes o contrarias que resulten. El cómo hacerlo es lo que enseña el arte retórico; y en Atenas confluyen sus más grandes maestros, entre ellos, Gorgias.

Perelman nos ha recordado lo que los antiguos conocían bien: en asuntos éticos y políticos, públicos en una palabra, solo nos es útil la retórica.⁴ Esto es, para demostrar la bondad o justicia de una ley o de la misma democracia no contamos con recursos estrictamente lógico-rationales, contamos con el proceder del arte retórico y su fin persuasivo. La retórica incorpora para ello otros aspectos junto a los argumentos para influir positivamente en los oyentes. Si solo tomamos en consideración los progresos de la lógica y de lo racional, entendido como lo que se supe dita a los métodos de la ciencia, tendremos que concluir que la razón es “totalmente incompetente en los campos que escapan al cálculo” y que solo podremos aferrarnos a los instintos o a la violencia.⁵ Parte de la sensibilidad contemporánea, un poco como la antigua, nos ha develado que el espíritu humano no se conjuga solo en *uno* de dos extremos, el racional o el irracional. La retórica nos enseña que la ruta de la comprensión conjuga todo lo que nos constituye —como oradores o como auditorio— y que no se limita *exclusivamente* o a razones o a emociones.

Desde la antigüedad conocemos críticas muy severas contra la retórica, como lo constatamos, por ejemplo, en el *Gorgias* de Platón.⁶ Pero también, testimonios que nos permiten repensar en términos no tan negativos el efecto persuasivo de la palabra educada en la *techne*. El mismo Platón, ahora en el *Fedro*, nos da una nue-

3 Perelman, Ch., Olbrechts-Tyteca, L.: *Tratado de la argumentación*, Madrid, Gredos, p. 37 y ss.

4 Perelman, Ch.: *Imperio Retórico*, Bogotá, Norma, 1998, pp. 9-18. También, Irwin, T.: *Plato's Ethics*, New York, Orford University Press, 1995, pp. 68-70.

5 Perelman, Ch., Olbrechts-Tyteca, L.: *Op. cit.*, p. 33.

6 Cfr. 455a, 457a, 463a, 417d.

va visión de la retórica, del orador, de la verdad y del *kairós*.⁷ Y Aristóteles, por supuesto, será un momento cumbre de la reflexión retórica antigua. Junto a los más grandes pensadores, contamos también con un documento muy valioso, entre otros, que nos legó la tradición a nombre de Gorgias de Leontini, célebre maestro de retórica y orador de la antigüedad, cuya notable influencia en el arte retórico es reconocida desde entonces.⁸ Se trata de una pieza que llegó a nosotros como *Elogio a Helena*,⁹ donde el sofista¹⁰ se propone nada menos que demostrar la inocencia de Helena cuando huye a Troya de la mano de Paris. En este texto Gorgias nos expone su concepción de la palabra y de la persuasión y, con ello, el grandioso y sorprendente poder que le otorga a la palabra de la *techne* retórica, con un efecto “fascinante” y “hechizante”. Ante testimonios antiguos como el *Elogio* que ahora nos ocupa, valga la ocasión para recordarlo, nuestra labor será la de “decirlos de nuevo”,¹¹ pensarlos desde nuestro mundo, en una relación respetuosa de diálogo.

La persuasión y su importancia no son, ni mucho menos, una invención de sofistas o filósofos. Así, por ejemplo, vemos su invocación, esta vez como diosa, en las *Suplicantes* de Esquilo. El tema central de la tragedia es la llegada del coro de danaiades a la tierra de Argos en busca de auxilio. Huyen de un matrimonio

7 Cfr. 257d- 274a.

8 Cfr. Filóstrato, *Vida de los sofistas*, I, 9, 1 y ss.

9 Sobre la discusión en torno a la autenticidad de la autoría del texto, cfr. Barrio, J.: *Protágoras y Gorgias, Fragmentos y testimonios*, Barcelona, Orbis, 1980, p. 109 y ss.; Melero, A.: *Sofistas, testimonios y fragmentos*, Madrid, Gredos, 1996, p. 200.

10 A propósito del término, es bien sabido que la palabra “*sophistes*” no siempre tuvo un sentido peyorativo, y simplemente designaba al sabio en un sentido amplio. Para una excelente historia del término, cfr. Guthrie, W.: *Historia de la filosofía griega*, Madrid, Gredos, 1992, p. 38 y ss., t. III. También, Zeller, E.: *Sócrates y los sofistas*, Buenos Aires, Nova, 1955, p. 40 y ss. Según Guthrie: “El término ‘sofista’, por consiguiente, tenía un sentido general, así como otro especial [recibir dinero por la enseñanza] [...] y en ninguno de ellos era necesariamente algo que connotase oprobio. Si recordamos la vocación educadora de los poetas griegos, cabría decir que el término que más se le adecua en castellano es el de maestro o profesor. Y es posible también que, desde comienzos del siglo V, se pronunciase con una inflexión peyorativa o despectiva, como hoy tal vez las palabras ‘lumbera’ o ‘intelectual’. Por obra y gracia del conservador Aristófanes se convirtió, definitivamente, en un término insultante que implicaba charlatanería y superchería, aunque todavía no se limitaba en modo alguno a la clase de los Sofistas profesionales”, p. 44. Recuérdese, en efecto, que Aristófanes llama “sofistas” a los filósofos de la naturaleza y a Sócrates. En este mismo sentido, Zeller, op. cit., p. 53, afirma lo siguiente: “Se llama sofista a todo maestro pagado en aquellas artes que se incluían en la cultura superior”. Por su parte, Capizzi apunta que la labor del sofista era “*practicare una qualche tecnica*”. “*Sophistes’ era l’uomo che praticava e insegnava una sophia, un’abilità pratica, non importa quale: in una parola, un maestro [...]*”, Capizzi, A.: *I Sofisti ad Atene, L’uscita retorica dal dilemma tragico*, Bari, Levante, 1990, pp. 89-90.

11 Gadamer, *Op. cit.*, p. 116.

con los egipcios que no están dispuestas a consumir. Allí son recibidas por el rey Pelasgo, a quienes presentan sus súplicas y piden asilo. A pesar de los ruegos y los sacrificios a los dioses, el rey se niega a tomar una decisión hasta que no consulte con su *polis* (365). Las danaidas, sorprendidas por no estar familiarizadas con este proceder, le dicen:

Tú eres la polis, tú eres el demos; Señor no sometido a juez alguno, tú eres rey del altar, del hogar de esta tierra. Solo con el sufragio de tu frente, y solo con el cetro de tu trono tú lo decides todo. Evita el sacrilegio. (371)¹²

Pelasgo responde en contra de esta identificación entre el rey y el *demos*, y la consecuente concentración de poder en una sola figura de autoridad.¹³ El rey efectivamente convoca a su asamblea para hacer la consulta (515), y en un tono alentador exclama: “¡Que Persuasión (*peitho*) y Fortuna (*tyche*) vayan conmigo!” (520). Al final, es el pueblo quien toma la decisión democrática de recibir a las suplicantes en su *polis*. El rey Pelasgo invoca a “Persuasión” para que lo asista en la tarea de convencer a su pueblo, en este caso, para permitir el asilo a las extranjeras. Pero con los maestros de retórica “Persuasión” se volvió el resultado de una *techne*, de “la *techne* por excelencia”.¹⁴ En el *Gorgias* platónico, Sócrates efectivamente nos lo afirma cuando responde al sofista: “[...] tú dices que la retórica es productora de persuasión, y que toda su actividad y su esencia se encaminan hacia ese fin”.¹⁵

Ciertamente, el fin del arte de la palabra será persuadir, esto es, que aceptemos o hagamos cosas *voluntariamente* lo que, de otra forma, quizá no admitiríamos. En algunas ocasiones *lo bueno* o *lo que se debe* no son suficientes para que actuemos a favor de lo que deberíamos hacer ni tampoco para persuadir a otros de que lo hagan. En otras palabras, la verdad tan solo por ser *la* verdad, no necesariamente nos persuade. Si tal es el caso, podría incluso obligar contra nuestra voluntad. En situaciones de este tipo reconocemos la necesidad retórica, especialmente si tratamos de asuntos públicos en democracia. Y con ello podríamos confirmar que

la persuasión no es estrictamente un asunto de razón y, en especial, que la verdad *hay que saber decirla*, si se quiere lograr con ella algo del otro. En el mismo *Gorgias* hay un conocido pasaje que ilustra bien lo que se quiere decir:

En muchas ocasiones yo, yendo con mi hermano o con otros médicos junto a un enfermo que no quería tomar las medicinas o dejarse operar o cauterizar por el médico, sin que éste le pudiera convencer, yo lo conseguí no con otro arte, sino con la retórica.¹⁶

Que nos baste recordar cómo eran los medicamentos y las terapias antiguas, para conceder a la persuasión su poder y su carácter terapéutico. Probablemente nosotros, también en ocasiones sometidos a tratamientos médicos muy dolorosos, hayamos necesitado alguna vez de la palabra terapéutica de la persuasión. Ni Gorgias ni nadie niega que al médico lo asista la verdad y la razón; el asunto es reconocer que el otro acepta la terapia, en este caso, gracias a la persuasión lograda por la palabra retórica y no solo por la “científica” del médico —que en última instancia no busca persuadir—.¹⁷ La palabra que persuade en buena lid, alivia, reconforta o alegra. El mismo sofista nos afirma en su *Elogio a Helena*:

Y la misma proporción hay entre el poder de la palabra respecto a la disposición del alma que entre el poder de los medicamentos con relación al estado del cuerpo. Así como unos medicamentos [...] eliminan la enfermedad y otros la vida, así también unas palabras producen tristeza, otras placer, otras temor, otras infunden en los oyentes coraje, otras mediante una maligna persuasión emponzoñan y engañan el alma.¹⁸

La palabra es al alma como la medicina al cuerpo: sana o enferma; alegre o entristece. La persuasión —como el fármaco— puede hacer el bien o el mal: entristecer al alma o infundirle placer. Desde ahora tomemos en cuenta que el mismo Gorgias está consciente que la palabra persuasiva puede dañar o sanar. Nunca nos ha dicho, como veremos en el texto, que la retórica sea un arte *infallible*. Muy por el contrario, nos muestra sus límites y, con ello, nuestra finitud y nuestra fragilidad. Pero con esto no se implica, como se ha dicho incluso desde la misma antigüedad, que la retórica y la persuasión se dirijan expresamente a engañar, retorcer

16 *Gorgias*, 456b.

17 Es evidente que la perfección de la *techne* retórica suponía que el orador conociera la verdad y supiera cómo hacerla persuasiva. Ese es, probablemente, uno de los mayores logros de Platón en el *Fedro*.

18 Se utilizará para las referencias al *Elogio* la traducción autorizada de J. Barrios, *Protágoras y Gorgias, Fragmentos y testimonios*, Barcelona, Orbis, 1980, con ligeras modificaciones. En el mismo sentido del pasaje citado, pero ahora en palabras que Platón pone en boca de Protágoras: “El médico logra el cambio con medicinas, el sofista con palabras”, *Teeteto*, 167a.

12 Cursivas mías. Traducción de J. Alsina, con una ligera modificación. Cfr. los cometentarios sobre estos pasajes de Azparren, L.: *La polis de Esquilo: una interpretación*, Caracas, Monte Ávila, 1993, p. 72 y ss.

13 Nótese la diferencia de este rey democrático con el Creonte en *Antígona*, sobre todo en estos pasajes donde discute con Hemón: “Creonte: ¿La ciudad nos va a decir lo que hay que ordenar? Hemón: ¿Lo ves? ¿Ves como acabas de hablar, como uno muy joven? Creonte: ¿De conformidad con otro o de conformidad conmigo mismo es como debo yo gobernar esta tierra? Hemón: Una ciudad no es algo que sea propiedad de un solo hombre. Creonte: ¿No se considera acaso que la ciudad es del gobernante? Hemón: Una tierra desierta es en verdad lo que tú gobernarías solo con tu acierto. Creonte: Éste, según parece, lucha del lado de la mujer”, 730-740. Traducción de J. Lucas.

14 Perelman, Olbrechts-Tyteca, *Op. cit.*, p. 41.

15 *Gorgias*, 453a.

la verdad o hacer el mal. Es una *techne*, un arte, que se enseña para lo bueno, pero su mal uso –como dirá Gorgias de París– efectivamente puede ocasionar el mal. Y si tal es el caso, quien lo haga, debería ser castigado. Podríamos decir exactamente lo mismo de la medicina, símil frecuente entre los pensadores griegos: se enseña para curar, para hacer el bien; pero puede, efectivamente, con un mal uso, enfermar y matar.

b. Helena tuvo que huir

Desde este punto de vista, veamos, según Gorgias, cómo es que Helena ha sido siempre inocente. Cuatro son las causas que pudieron llevarla a Troya: designios del Destino, designios de los dioses, un rapto violento o la persuasión. El Destino era para los griegos, como es sabido, un poder supremo, inexorable y al que el mismísimo Zeus debía someterse. Probablemente el mejor ejemplo de su naturaleza inquebrantable siga siendo el de *Edipo Rey*: nos enseña una y otra vez que nadie puede escapar del propio destino. Eso implica, como consecuencia, que estamos eximidos de toda culpa, pues ante un poder superior no tenemos injerencia alguna. Edipo no fue responsable de haber desposado a Yocasta ni de haber asesinado a su padre. Lo que debemos resaltar ahora, es que Gorgias otorga a la palabra persuasiva el *mismo* supremo poder que al Destino: es imposible resistírsele. Y tiene efectos en las almas de los oyentes tan decisivos como los del Destino. Lo mismo podríamos decir de la segunda causa, el designio de los dioses. En efecto, ante el poder de los inmortales los mortales no tenemos alternativa, esto es, no somos libres. Como lo afirma Gorgias: “los dioses son más fuertes que el hombre por su poder, su sabiduría y otras muchas cualidades”.

Los dioses podían tomar nuestras almas y enloquecernos, si se trataba, por ejemplo, de Ares, Dioniso o Eros. Así, enloquecíamos de amor, de euforia o de violencia. Eran fuerzas infinitamente superiores que no podían ser combatidas por nosotros. Y enloquecer de amor es una experiencia muy poderosa conocida por todos, a la que sabiamente alude Gorgias para tratar de salvar a Helena. Ante los dioses, la mirada es de respeto y nunca de soberbia. De modo que si la bella griega cayó en los dominios de Eros, estaría al margen de toda culpa. Pudo haber tenido mala suerte o ser desafortunada, pero no culpable. Así, si consideramos alguno de estos motivos, sobrenaturales ambos, Helena es inocente. Como lo testifica Safo, Anacreonte o el mismo Esquilo, ¿quién ha podido resistirse a los poderes de Eros? La palabra persuasiva es, pues, tan poderosa como el Destino o

los dioses. Esto debería darnos una buena pista del asombroso poder que Gorgias le otorga a la palabra con *techne* retórica.

Con todo, el rapto se nos hace mucho más comprensible como otra causa de la huida de Helena: si el poder de los dioses nos exime de culpa, el rapto evidentemente priva nuestra libertad. Por supuesto que en ese caso el responsable es el raptor, y la raptada su víctima. Y si Helena fue raptada por París, es inocente. La palabra persuasiva, entonces, luce tan obligante como un secuestro. Solo que el secuestro es involuntario, por la fuerza; la persuasión, por el contrario, y probablemente aquí radique su formidable poder, implica la propia voluntad. En el *Filebo* de Platón, Protarco afirma haber escuchado decir a Gorgias que el arte de persuadir “todo lo somete a él voluntariamente, y no por la violencia”.¹⁹ Nuestro sofista asume que París debió haber persuadido a Helena de que huyeran a Troya, y junto al amor, cuyo efecto es irresistible, por supuesto, la bella esposa de Menelao no tuvo otra alternativa que huir con el amado. He aquí el carácter *obligante* de la palabra persuasiva: puede adueñarse de la opinión del alma, y de conducirnos a hacer lo que se proponga contando con el favor de nuestra propia voluntad. Al alma es capaz de dominarla y de transformarla “como por una *fascinación*”.²⁰

Es exactamente un “dominio” por parte del hablante y una suerte de seducción la que experimenta el oyente. La “fascinación” que logra la palabra en el alma del otro, es una muestra de cómo el arte retórico y la persuasión que alcanza, según Gorgias, implican también la sensibilidad además de la razón. No entendamos esto necesariamente como una perversión de la palabra, como asumiría, quizá, alguna postura cerradamente racionalista. Estamos frente a un arte que tiene como fin persuadir al otro. Pero para persuadir, tengámoslo claro, no es necesario mentir ni censurar la emotividad. Hay que *saber* hablar. En efecto, se puede persuadir sobre algo verdadero, bueno o necesario, como hacía Gorgias con los pacientes de su hermano. Ahora bien, podemos reconocer el peligro de la retórica en manos equivocadas, como ya lo hizo Platón muy enérgicamente. Y Platón tenía sobradas razones para hacerlo, entre ellas, que no era partidario de la democracia. Pero desde un punto de vista democrático, como el de Gorgias o Protágoras, no había –y probablemente no hay– otro recurso que el del *logos*, y en el mejor de los casos –por el que ellos abogaban– el del *logos* educado, para discutir, deliberar o decidir en torno a una propuesta de carácter público. Se sostiene que la *techne* de la palabra es riesgosa, y es evidente que así es. Ni el mismo sofista lo va a negar. Pero, ¿qué arte, qué recurso, qué proceder humano es *infalible*? Esto vale tanto para los asuntos públicos como para los privados: la naturaleza “obligante” de la

19 *Filebo*, 58a.

20 Cursivas añadidas.

persuasión ocurre en un debate de asamblea o en una relación amorosa como la de Helena y Paris. Escuchemos al propio Gorgias:

La palabra es un poderoso soberano, que con un pequeñísimo y muy invisible cuerpo realiza empresas absolutamente divinas. En efecto, puede eliminar el temor, suprimir la tristeza, infundir alegría, aumentar la compasión [...] Yo considero y defino toda poesía como palabra con metro. Esta infunde en los oyentes un estremecimiento preñado de temor, una compasión llena de lágrimas y una añoranza cercana al dolor [...]

Es incluso capaz de lograr estas pasiones en nosotros cuando se refieren a la felicidad o adversidad de otros. La palabra cargada, habitada, de temor o de tristeza, las infunde en el alma y se adueña de ella. La característica que unifica las causas posibles de la huida a Troya, el Destino, los dioses o el rapto, es la pérdida de la libertad. Y la persuasión, entonces, la otra alternativa, también procede de esta forma: somete todo a sus designios, pero somete *voluntariamente*. Esto es, dado que la persuasión debe tomar en cuenta la opinión del otro, esta deberá seguir con voluntad —he aquí que *es una techne*— a lo que la palabra invita. Es palabra con arte, es irresistible. Parece importante insistir en esto. No nos estamos refiriendo, con Gorgias, a cualquier juego de palabras acompañado de sonoridad, que además mienta deliberadamente y que pueda tener efecto en algunos oyentes. No es el demagogo el que ahora nos ocupa, sino el *rhetor* cuya *techne* permite lograr el fino arte de la persuasión. Según el testimonio de Gorgias, ese carácter obligante de la palabra no ocurre en las almas de algunos, *ocurre en las almas*. En palabras de Gorgias:

Pues la fuerza de la persuasión, de la que nació el proyecto de Helena, es imposible de resistir y por ello no da lugar a la censura, ya que tiene el mismo poder que el destino. En efecto, la palabra que persuade el alma obliga necesariamente a esta alma, que ha persuadido, a obedecer sus mandatos y a aprobar sus actos. Por tanto, el que infunde una persuasión, en cuanto priva de la libertad, obra injustamente, pero quien es persuadida, en cuanto es privada de la libertad por la palabra, solo por error puede ser censurada.

Helena, que pudo haber sido persuadida por Paris, es inocente. Vemos que se trata de una palabra “imposible de resistir” y que obliga al alma que ha persuadido. Parece que no hay escapatoria frente a este poder tan abrumador que se adueña de nuestra opinión y de nuestra voluntad. Tomando en consideración el *kairós*, entendámoslo ahora como la ocasión, el que persuade sabrá cómo decir lo que quiere a cierto tipo de alma. El *quid* de toda disertación probablemente sea que la persuasión *obliga*, pero contando con nuestra voluntad. No es casual que

Gorgias haya tomado como ejemplo una relación de amor, pues allí los argumentos más sólidos suelen tambalearse; la fuerza de Eros es, como bien lo entendieron los griegos, irresistible, indetenible, y ante la que estamos irremediabilmente desprotegidos. La palabra persuasiva asume más poder, por así decir, cuando está fortalecida por el amor. Al menos es tan poderosa como el mismo dios: “Si lo que originó sus actos fue Eros, no es difícil que eluda la acusación de culpabilidad en la que se dice que ha incurrido”. La palabra que viene del amante que trata de aproximarse a la amada, es palabra persuasiva, habitada de amor y deseo, que se instala en el alma y la *obliga* seductoramente.

Detengámonos un momento en la capacidad de “fascinación” de este *logos*. Hemos mencionado que Gorgias no está ausente de la posibilidad de que la retórica pueda ser mal utilizada.²¹ Pero para mostrarlo, nos recuerda *nuestra propia condición* limitada y frágil que nos hace, sin que podamos evitarlo, susceptibles de ser engañados. Probablemente una de las razones que hacen del *Elogio* un documento muy valioso, es que un gran *rhetor* como Gorgias nos muestra el lado difícil y peligroso de su arte: “Dos artes de fascinación y de encantamiento han sido creadas [poesía y prosa poética], las cuales sirven de extravío al alma y de engaño a la opinión”. Es cierto, nos confirma Gorgias, podemos ser confundidos por esta fuerza hechizante de la palabra con metro. “Y ¡cuántos han engañado y engañan a cuántos y en cuántas cosas con la exposición hábil de un razonamiento erróneo!” A muchos, probablemente. Ahora bien, si asumimos esto como una crítica definitiva contra la retórica y la persuasión, deberíamos hacernos la pregunta: ¿quién está exento de ser engañado alguna vez? Es evidente que nadie. Tendríamos que ser, diría nuestra sofista, hombres capaces de conocer todo el pasado, todo el presente y todo el futuro, para que nada ni nadie nos engañara. Pero como semejante pretensión es imposible, no podemos garantizar que nunca nos ocurra.

Unos cuantos años después, Platón se encargó de hacernos entender muy acuciosamente que la opinión, distinta del conocimiento verdadero, es contingente, cambiante y sin posibilidades de fundamentar aquello que afirme como verdadero. Gorgias, en el *Elogio*, curiosamente también asume la opinión como “incierta e inconsistente”, a la que los hombres acuden como consejera del alma pudiendo ser víctimas de decisiones igualmente inciertas y desafortunadas. Pero a diferencia de Platón, no nos propone concretamente otro tipo de conocimiento, de manera que nuestra situación es siempre de fragilidad, límite y riesgo. Como la vida, inserta en este mundo de devenir. ¿Qué impide, entonces, que Helena no haya podido ser engañada? En realidad, ¿por qué Helena tendría que ser diferente? ¿Quién podrá ahora censurarla si lo que hizo lo hizo por amor, obligada por los dioses o

21 Cfr. Camps, V.: *Ética, retórica y política*, Madrid, Alianza, 1995, p. 42 y ss.

por la palabra persuasiva? De ella tan solo estaríamos en capacidad de decir que fue desafortunada o tuvo mala suerte –como también podríamos decirlo de ciertos designios del Destino o de los dioses–. Reconocemos, entonces, en Gorgias, esta capacidad hechizante y de fascinación de la palabra educada que nos seduce al punto que nos obliga, paradójicamente, contando con nuestra voluntad. Ya es fructífera para el espíritu esta conjunción entre seducción y obligación; este *fascinare* de la palabra, embruja, y termina siendo una suerte de atracción misteriosa que, como los dioses, sobrepasa nuestras fuerzas.

Para comprender un poco mejor lo que nos ha legado Gorgias, quizá sea oportuno recordar un testimonio de Plutarco sobre el sofista, que ha sido para algunos incluso el inicio de la reflexión estética²²: “quien es persuadido [o engañado] es más sabio que quien no se deja persuadir”, pues quien lo impide, en realidad padece una carencia, “[...] no tiene sensibilidad para ser invadido por el placer de la palabra”. Si nos abrimos espiritualmente a esta afirmación, hallaremos un sentido profundo de sabiduría, la del drama clásico, por ejemplo, que nos representa una y otra vez agudas verdades de la existencia y, al mismo tiempo, nos recuerda que la sensibilidad incumbe a la sabiduría. Dejarse invadir el alma por lo placentero de lo dicho o de lo escuchado con arte, *también es sabiduría*.

Nuestras complejas experiencias ante el drama o la poesía, nos dejan algunas veces tan solo la posibilidad de decir, casi sin aliento, la célebre expresión gadame-riana para estos estremecimientos, esparcida por todos sus textos: “Así es”. De esta manera, un discurso persuasivo, como algún dios de tragedia, acude a nuestra sensibilidad y, según Gorgias, nos hace más sabios si nos abrimos a él. A Helena la podemos llamar desafortunada, pero no culpable; y a pesar de las consecuencias en Troya a causa de su huida, podríamos decir que tuvo la sensibilidad para dejarse persuadir por la palabra amorosa de Paris.

El mismo Gorgias confiesa al final del *Elogio* que su discurso es un “producto de su fantasía”. Y para nosotros, una oportunidad valiosa para pensar en la retórica y la persuasión, pues usamos como pretexto una fantasía sobre la historia de amor más famosa y grandiosa de Occidente. Parafraseando a Foucault a propósito del mito, estas son maneras de enseñarnos, pero de enseñarnos con belleza.²³

Con todos los acuerdos y desacuerdos que esto implique, en democracia no tenemos más camino que la comprensión, el respeto y la tolerancia si queremos convivir. La palabra es nuestro único recurso, y la palabra educada tendrá siempre más oportunidad de abrirse al otro y de no agotar nunca el diálogo. Persuadir

22 Cfr. Nestle, W.: *Historia del espíritu griego*, Barcelona, Ariel, 1987.

23 Foucault, M.: *Sobre la Ilustración*, Madrid, Tecnos, 2003, pp. 47-48.

será siempre más grato y respetuoso que agredir o imponer: pues implica tomar en cuenta al otro, mientras se le invita a otra mirada. La bondad o maldad de la retórica y su fin persuasivo dependerá de la decencia de quien la use, y confiemos en que nuestra *polis* y cada uno de nosotros no perdamos nunca los aciertos de los límites que nos marca la sensatez.

Bibliografía

- Azparren, L.: *La polis de Esquilo: una interpretación*. Caracas: Monte Ávila. 1993.
- Camps, V.: *Ética, retórica y política*. Madrid: Alianza, 1995.
- Capizzi, A.: *I Sofisti ad Atene, L'uscita retorica dal dilemma tragico*. Bari: Levante. 1990.
- Filóstrato, *Vida de los sofistas*. Madrid: Gredos. 1982.
- Finley, M.: *Vieja y nueva democracia*, Barcelona, Ariel, 1980.
- Foucault, M.: *Sobre la Ilustración*. Madrid: Tecnos. 2003.
- Gadamer, H.-G.: *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós. 1991.
- Guthrie, W.: *Historia de la filosofía griega*. Madrid: Gredos. 1992.
- Hornblower, S.: “Creación y desarrollo de las instituciones democráticas en la antigua Grecia”. En Dunn, J.: *Democracia, el viaje inacabado (508a.C.-1993)*. Barcelona: Tusquets. 1995.
- Irwin, T.: *Plato's Ethics*. New York: Oxford University Press. 1995.
- Nestle, W.: *Historia del espíritu griego*. Barcelona: Ariel, 1987.
- Melero, A.: *Sofistas, testimonios y fragmentos*. Madrid: Gredos. 1996.
- Perelman, Ch.: *Imperio Retórico*. Bogotá: Norma. 1998.
- Perelman, Ch., Olbrechts-Tyteca, L.: *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos. 1989.
- Protágoras y Gorgias: *Fragmentos y testimonios*. Barcelona: Orbis, 1980.
- Rodríguez Adrados, F.: Rodríguez, F.: *Democracia y literatura en la Atenas Clásica*. Madrid: Alianza. 1995.
- Zeller, E.: *Sócrates y los sofistas*. Buenos Aires: Nova. 1955.